

Populismo y religión ¿Al César lo que es de Dios?

NELLY ARENAS*

pp. 159-169

A pesar de que la presencia del elemento religioso en los populismos pareciera obvia, la asociación entre ambos ha despertado poco la atención de la academia. Casi todas las narrativas de este género político, sean de izquierda o de derecha, viejas o recientes, instrumentalizan lo sagrado para hacerse del poder o para preservarlo. Apoyándose en el imaginario colectivo religioso y la capacidad que la liturgia sacra tiene para cohesionar a las comunidades, los líderes populistas intentan obtener el respaldo de la población. Tal respaldo no podría ser alcanzado fácilmente a través de un discurso completamente seglar y racional. De modo que lo sagrado pareciera ser una de las fuentes de legitimación del liderazgo populista, a pesar del proceso de secularización largamente vivido por las sociedades occidentales.

Valiéndonos de esclarecedoras investigaciones como las de Shura Rosero Cartagena y Loris Zanatta, este documento indaga sobre el tema, sobre todo en sus expresiones más recientes. La marea populista que se extiende actualmente por el planeta tiene un filón religioso potenciado por los tiempos de crisis y desvalimiento que transcurren. Algunos lazos entre el fenómeno populista y lo sagrado se exploran aquí. Un somero registro de algunas experiencias en América Latina, así como en Europa y Estados Unidos, da cuenta de ese nexo. Sobre esa base aventuramos algunas conclusiones.

Secularización y desecularización

La llegada del cristianismo propició un cambio fundamental en el vínculo entre el Estado y la religión. Como es sabido, previo a la aparición de esta doctrina, la religión participaba intensamente en la dinámica civil y política. Con el cristianismo se inicia lo que Weber llamó *cesaropapismo* para designar la entera subordinación del poder sacerdotal al poder estatal. Roma fue

* Socióloga, doctora en Ciencias políticas. Profesora-investigadora del Cendes.
Correo-e: narenas50@gmail.com

el asiento de la nueva relación. «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», conocida frase de Jesucristo, ilustra en buena medida los comienzos del proceso de secularización occidental, la cual tiene su punto culminante en la modernidad. Por secularización se entiende la emancipación de las estructuras políticas con respecto a las religiosas. Lo terrenal y lo divino aparecen como dos entes separados, independientes el uno del otro. No es así totalmente, sin embargo. El poder terrenal y el poder de Dios continuaron imbricados en la figura del emperador. En su calidad de vicario de Dios, este ejercía su dominio en la tierra por imperativo divino (García Pelayo en Zamora, 2019). De modo que su autoridad temporal se asumía como legítima porque procedía del reino celestial. El mismo Weber nos dirá que el poder *cesaropapista* no existirá en su forma pura ya que el mismo encontrará sus límites en la independencia de un carisma eclesiástico. En todos aquellos espacios, amplía Weber la idea, en que el carisma religioso ha engendrado una doctrina y un aparato burocrático propio, hasta el Estado *cesaropapista* ha recibido un considerable influjo del principio religioso (Weber, 1992).

No obstante, la secularización es una de las marcas principales que identifican a la modernidad. Aunque en un principio, esta se refirió a la transmisión de los bienes de la iglesia al Estado, más tarde el concepto pasó a tener un sentido más general asociándosele con aquella en su más amplio sentido cultural y social. La ruptura moderna de los siglos XVI y XVII es principalmente un rompimiento con lo religioso que invierte el vínculo jerárquico entre lo humano y lo divino (Gauchet en Garzon Vallejo, 2014). La secularización recluye la religión al espacio privado, retirándola de la esfera pública. La misma supone el predominio del orden terrenal sobre el orden sagrado. La instauración del reino del más acá sobre el del más allá.

El cisma que se produjo entre lo político como asunto humano y la divinidad hizo pensar que la religión y la política se habían divorciado finalmente. Sin embargo, la religiosidad siguió estando presente en las cuestiones profanas. De esta guisa, los sociólogos de la religión han mostrado cómo la industrialización no necesariamente condujo a un desvanecimiento de la sacralidad, sino que, en algunos casos, incluso a lo contrario; de allí que la teoría de la secularización esté confrontando el desafío más importante de su historia (Rosero Cartagena, 2019). Esto explica que algunos estudiosos del tema han comenzado a hablar de postsecularización o desecularización (Garzón Vallejo, 2014), para indicar la fuerza renovada que el elemento religioso está adquiriendo por estos tiempos de intensa incertidumbre social

y política, así como de sentimientos de soledad y desamparo. Si la modernidad trajo consigo la desilusión con lo religioso, la situación que la sociedad planetaria ha experimentado en estas últimas décadas, pareciera estimular el retorno del encantamiento con ese elemento. Con ello, según indica Balandier (Rosero Cartagena, 2019), puede ablandarse la dureza de la realidad en periodos históricos de crisis. Tal encantamiento, es necesario aclararlo, no está implicando el incremento de la membrecía de los individuos a las organizaciones eclesíásticas. Más bien, paradójicamente, todo lo contrario.¹ El nuevo fenómeno ha sido reconocido por los expertos como «creencia sin pertenencia».

La ola populista y su veta religiosa

El apogeo de los valores religiosos en lo que va del siglo XXI, se evidencia en el incremento de los fundamentalismos, los partidos religiosos en el mundo musulmán, así como en el ascenso de los evangélicos en algunos países de América Latina. Movimientos políticos de corte religioso han obtenido clamorosos triunfos electorales en Turquía y en la India, por citar apenas dos. La ola populista que recorre al mundo no es ajena a este fenómeno, sino que se asocia profundamente con él.

Siguiendo a Arato,² «los líderes populistas plantean grandes gestas y apelan a principios identitarios primordiales, casi siempre basados en la religión, entendida como base de la cultura o como fundamento moral de la recuperación de la política».

Según Rosanvallon (2020:76) «... con el populismo, la política adopta un perfil de tipo religioso con esa capacidad para reescribir el mundo que emana de esta forma de afirmación de verdades propias de la fe».

A pesar de que el populismo ha sido entendido como una estrategia política para acceder al poder o para conservarlo, la dimensión religiosa puede advertirse con comodidad en su discurso. En los movimientos o gobiernos de este corte, subyace la idea de que el líder constituye una suerte de encarnación de la divinidad extraterrenal. Este se comporta y es percibido por sus afectos o por sus fieles, para expresarlo más exactamente,

¹ Sirvan estos datos como ejemplo: según el Centro de Investigaciones Sociológicas, (CIS), en España, la mitad de los bebés no están bautizados y el 62.1 por ciento de la población reconoce que no asiste a actos religiosos. En Francia solo el 2 por ciento de la población acude a la iglesia (López Madrid, 2018).

² En Olvera, 2020, sección 1, 2º párrafo.

como si se tratara de un moderno emperador. No es Dios ciertamente, pero, tal cual un monarca, es asumido como su sustituto y por consiguiente su misión será la de materializar su reino en la tierra. Para Rosero Cartagena la pertenencia al partido o movimiento populista adquiere rasgos similares al ingreso a una iglesia, pues los dirigentes serán percibidos por los militantes como santos laicos. Agrega este autor que el populismo instituye una especie de liturgia política produciéndose una transferencia de sacralidad: traspaso desde la fiesta religiosa a la fiesta política y el mitin. El culto por el caudillo se transforma en «misa en escena, alabanzas al líder y una ritualidad cargada de signos populares» (Cartagena, 2019: 38, 62).

Pero no solo este elemento emparenta al populismo con lo religioso. La visión de la política concebida en términos de amigo versus enemigo, como la concibió Carl Schmitt –huella distintiva del relato populista en todo tiempo y lugar–, es también semejante a la dicotomía representada en el bien y el mal, dios y diablo, presente en el dogma cristiano. De este modo, los adversarios políticos son transmutados en satanás en el discurso de marras. Portador de tragedia y división, el demonio se interpone como el principal obstáculo que debe afrontar el líder para alcanzar la felicidad y bienestar de su pueblo.

Como advierte Patricio Zamora (2019), el reino cristiano es esencialmente salvador: su anhelo supremo no reside en una renovación de la política, sino en una refundación ética y moral de la sociedad, en concordancia con el orden atemporal de los cielos.

De modo similar, el populismo se nos presenta como renovador de la moral y de las «buenas costumbres». La igualdad, la humildad, la familia, virtudes típicamente religiosas, impregnan su narrativa. El machismo, la aversión por la homosexualidad y el repudio al aborto, históricas posturas de raigambre cristiana, se han constituido en los últimos años en la mejor carta de presentación de los líderes populistas, particularmente los de extracción derechista. De acuerdo con Loris Zanatta (2008) –el historiador que es quizá quien más ha trabajado el vínculo entre la esfera religiosa y los populismos–, estos se manifiestan como fundadores de un nuevo credo soportado en una suerte de fundamentalismo moral y de exclusivismo ideológico; creadores en la tierra de un orden revelado, por lo tanto, inevitable e irreversible.

América Latina, el histórico muestrario

América Latina provee una muestra poco igualable de la asociación entre el elemento religioso y el populismo. Para Zanatta, «el populismo es la

transfiguración moderna, en cierta medida secularizada y adaptada a la época de la soberanía popular, de un imaginario social antiguo: un imaginario esencialmente religioso». De allí que, intentando dar cuenta de la recurrencia del mismo en la región, este autor lo concibe como un «humus» que «remite a las tramas más profundas de las sociedades latinoamericanas, fruto de su experiencia histórica, alimento de sus culturas políticas, reflejo de la mentalidad, el imaginario y las creencias de muchos de sus habitantes» (Zanatta: 2008:33). Aunque no es de residencia particular en la región, el fenómeno se manifiesta en ella de manera reiterada y con insistente vitalidad, apunta el historiador.

La icónica figura de Eva Perón ha sido, probablemente, donde mejor se funde lo político con lo religioso en el catálogo del populismo latinoamericano. Más que una primera dama, la esposa de Perón fue canonizada como Santa Evita. No por casualidad es posible encontrar en el imaginario popular argentino, semejanzas entre Eva y la virgen María (Rosero Cartagena, 2018). Designada oficialmente como la «jefa espiritual de la nación», Eva rendía homenaje al peronismo por haber impulsado en su país la victoria de la esencia misma de Jesús. Mostraba a la Argentina como «la tierra prometida que Perón había salvado siguiendo el camino que le trazaba Dios» (Zanatta, 2011:209).

José María Velasco Ibarra en Ecuador puede contarse también como expresión importante del vínculo. Sus cinco administraciones de gobierno transcurridas entre 1932 y 1972, fueron conducidas bajo un ideal moralista, de renuncia y abnegación de estirpe cristiana. Considerado como un padre para los ecuatorianos, Velasco Ibarra se comportaba como un predicador en el púlpito encarnando cabalmente lo que Rosero Cartagena (2019:116) entiende como el «sacrificio místico del populismo».

En tiempos más recientes, líderes populistas latinoamericanos también han recurrido al componente religioso para legitimarse frente a las masas. Con frecuencia, Hugo Chávez apelaba al Eclesiastés para asegurar que el tiempo de su gobierno había llegado marcado inevitablemente por la providencia: «Todo lo que va a ocurrir debajo del sol tiene su hora», solía sentenciar en sus arengas proselitistas. El discurso de Chávez ha sido percibido por expertos en el tema como fuertemente religioso al apelar constantemente a elementos como la Biblia o el crucifijo, entre otros (Rosero Cartagena, 2019). Ciertamente, el presidente venezolano se percibía a sí mismo como un Cristo redentor dispuesto a cualquier martirio por el pueblo. En una de sus plegarias

públicas diría: «Dame tu corona Cristo, dámela que yo sangro, dame tu cruz, cien cruces, pero dame vida, porque todavía me quedan cosas por hacer por este pueblo y por esta patria» (El Mundo, 2012).

Al resultar electo presidente de Brasil, Jair Bolsonaro puso su mandato bajo la supervisión de Dios insistiendo en su lema de campaña «Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos», afirmando que este eslogan lo buscó «en lo que muchos llaman la caja de herramientas para reparar a hombres y mujeres, es decir la Santa Biblia» (Oualalou, 2019 sección 1, par. 4). En el lenguaje de Bolsonaro, la reparación de hombres y mujeres pasa por la condena moral al aborto y la homosexualidad, en línea con las corrientes evangélicas tan vigorosas en ese país.

Desde el punto de vista de Olvera (2020), López Obrador actúa como un «pastor» o «evangelizador» que le ha conferido a su misión un halo religioso. Su plan se fundamenta en una «versión teológica política de un imaginario profético secularizado» (Arato en Olvera, 2020, sección 2 p.5).

Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, también echaron mano del elemento religioso para validar su liderazgo frente a las masas. En el primero de los casos, el líder utilizó el sincretismo religioso de las poblaciones andinas, sus ritos y representaciones, armando una narrativa nacionalista ofrecida a toda la sociedad boliviana. En el segundo, el dirigente realizó su papel protagónico como redentor y salvador de su país, recurriendo a un discurso religioso que diferenció marcadamente los ámbitos amigo/enemigo (Rosero Cartagena, 2019).

La expresión europea y estadounidense

Pero no solo América Latina nos brinda testimonios de la presencia de lo religioso en el relato populista. También Europa y Estados Unidos ofrecen evidencias al respecto.

La cada vez más creciente ola migratoria que ha experimentado Europa, ha desatado el temor a lo extranjero y una intensa sensación de riesgo en la ciudadanía. Los problemas tienen ahora un nuevo causante en el imaginario colectivo. Este clima ha sido uno de los factores propulsivos de los populismos de derecha en varios países del continente. El repudio a los recién llegados marca el discurso nacionalista que se pronuncia ahora en nombre de la identidad y la salvación de la nación. El islam, percibido como una religión extraña, es asociado con los migrantes quienes son vistos como portadores de inseguridad y costumbres que atentan contra la integridad de las sociedades.

La altísima islamofobia que recorre a Europa, brinda más posibilidades a los dirigentes populistas de conquistar los corazones y las mentes de la gente. La culpa de los males se vuelve más expedita y esta extrema simplificación de los problemas, hace que quienes reciben el mensaje lo compren más fácilmente, como señala García Magariño (2019). El nacional populismo sustituye lo complejo por lo simple. Las fórmulas que provee la religión se avienen perfectamente a este esquema. El bien y el mal encuentran aquí, cada uno, su espacio perfectamente delimitado.

El catolicismo, como credo nacional, se percibe en peligro y hay que defenderlo. En Suiza, por ejemplo, el Partido Popular Suizo promovió en 2009, una consulta para prohibir la construcción de minaretes en el centenar de mezquitas que existen en ese país. Esto, a pesar de que el Tribunal Federal hubiese sentenciado que tal prohibición atentaba contra la libertad religiosa. «Desde las torres de las mezquitas se extienden los tentáculos del islam» sería el argumento de la organización (Witte, 2009). La población votó a favor en un considerable porcentaje, revelando así el gran recelo que le produce la interacción con religiones diferentes a la suya.

En España, el partido populista de ultraderecha, VOX, propuso convertir el 2 de enero en el día de Andalucía. Un día como ese, los Reyes Católicos tomaron Granada luego de siete siglos de dominio musulmán. Recurriendo al mito fundacional de la Reconquista, esa organización política intenta «trazar un hilo histórico con la actualidad donde una España de raíces cristianas sigue combatiendo al otro musulmán, estigmatizado a través de un discurso xenófobo contra la inmigración» (Ferreira, en Sonsales Dieste:13).

La intención es reivindicar la supremacía del catolicismo sobre otras religiones, lo que indica la instrumentalización de lo religioso por el populismo. De acuerdo a García Rabadán (2019), la dimensión inmaterial como las tradiciones y la identidad se ha afincado en los populismos de derecha con el propósito de alcanzar una comunidad cohesionada de pertenencia frente a otra enemiga basada en el hecho religioso: cristiana versus musulmana.

Giorgia Meloni, líder del partido populista ultra conservador Hermanos de Italia, resulta un portentoso ejemplo del discurso fundamentalista que se refugia en la identidad nacional, la homofobia y la defensa del cristianismo. En sus discursos ha vuelto a utilizar la expresión fascista de Mussolini, «Dios, Patria y Familia» alegando que no se trata de un eslogan, sino de «el más hermoso manifiesto de amor» (Infobae, 2022). Invitada por VOX para presentar los candidatos de esa organización en las recientes elecciones de Andalucía,

Meloni ha recurrido a un lenguaje binario cuyo extremismo asombra. En él ha afirmado que «...no hay mediaciones posibles, o se dice sí o se dice no: sí a la familia natural, no a los lobbies LGTB, sí a la identidad sexual, no a la ideología de género... sí a la universalidad de la cruz, no a la violencia islamita, sí a nuestra civilización y no a quienes quieren destruirla...» (Libertad digital, 2022). En este aspecto Meloni supera con creces el radicalismo, morigerado en los últimos años por razones electorales, de Marine Le Pen voz principal del populismo francés de derecha.

Islamofobia y repulsa moral a todo aquello que no calce en la horma valorativa cristiana, como la homosexualidad y el aborto, se imbrican en el relato. Lo distinto se juzga como despreciable.

La cruzada imperial que libra Vladimir Putin para devolverle a Rusia su grandeza y unidad perdidas con el derrumbe de la Unión Soviética, también está atravesada por el sentimiento religioso. La iglesia ortodoxa rusa se cuenta entre sus mejores aliados en esta operación la cual ha tenido su signo más visible y cruel en la invasión a Ucrania. La guerra se ha librado en nombre de la defensa de los valores de la civilización ortodoxa en contra de la depravación de Occidente; dichos valores están asociados a una moral reaccionaria que tiene en la religión su base fundamental. Parafraseando la Biblia (Juan 15:13), Putin ha elogiado a los soldados rusos diciéndoles: «No hay un amor más grande que el de dar nuestra vida por un amigo» (Cara Anna, 2022). De modo similar al principio religioso de depuración del pecado, el líder ruso ha reclamado que Rusia se autopurifique escupiendo a la chusma y a los traidores como si fueran moscas que han entrado en la boca (Sáenz de Ugarte, 2022). Chusma es todo aquello que no encaja en el ultraconservador patrón de valores del presidente ruso. No es casual que Putin se haya mostrado al mundo como un contumaz enemigo del movimiento gay atreviéndose a afirmar que mientras él sea presidente, no habrá matrimonio homosexual (DW, 2020).

Esta es apenas una pequeña muestra de países europeos donde ha irrumpido el populismo nacionalista de ultraderecha durante estos años. A ella pueden agregarse los casos de la Hungría de Viktor Orbán, la Alemania de Alternativa para Alemania, el partido Ley y Justicia de Polonia, entre otros. Todas estas experiencias tienen en común el rechazo al islam y la defensa, en unos más o menos que en otros, del cristianismo.

El fenómeno de instrumentalización del hecho religioso se repite también en los Estados Unidos de Trump. Un estudio llevado a cabo por el departamento de comunicación de la Universidad de Wisconsin, publicado

en 2019, reveló que Donald Trump es el presidente estadounidense, con amplia diferencia en relación a sus predecesores, que ha utilizado en mayor proporción la muleta religiosa en sus alocuciones (López Arias, 2020). En el discurso que pronunciara contra el aborto en la Marcha por la vida, (*March for Life*) realizada en enero de 2020, frisando lo teológico, el presidente diría que «todos sabemos que cada alma humana es divina y que todo ser humano, nacido o por nacer es hecho a imagen de Dios Todopoderoso» (Semana, 2020).

Un veterano estratega del ala más conservadora del Partido Republicano, Roger Stone, repite constantemente en sus declaraciones que el día en que Joe Biden atravesó el umbral de la Casa Blanca investido como presidente, se abrió una «puerta satánica» en la residencia: «una puerta que solo la oración logrará cerrar» (El País, 2022).

Algunas conclusiones

Los distintos casos reseñados, tanto de América Latina como de Europa y Estados Unidos, nos muestran el avance en estos tiempos del discurso populista en tono religioso erigido cual torre moral desde la cual se promete la regeneración y salvación social y política de las naciones.

El moderno César populista se ve a sí mismo como la voz de Dios en un mundo que necesita ser redimido de sus miserias y pecados; se adueña de lo sagrado y hace de la devoción religiosa una herramienta de acercamiento al pueblo, a sus creencias. Bien pudiera ser entendido este acto como «apropiación de los medios de salvación» (Balandier en Rosero Cartagena:61).

En un entorno cada vez más inseguro y de futuro incierto, el discurso populista transmite seguridad y certidumbre. La veta religiosa del relato parece contribuir grandemente con ello. Un acentuado carácter moral fundamenta una cosmovisión en la que el bien y el mal libran una batalla impostergable. Sea contra la oligarquía o contra los ricos, en el caso de la izquierda; sea contra la inmigración, el pecado y la defensa del cristianismo «puro» representado en el catolicismo, en el de la derecha, los liderazgos populistas se muestran como los llamados a purificar y poner orden en un mundo percibido como descarrilado. En ambos casos, el componente legal y racional que sostiene todo Estado de derecho, se subordina a un registro moral, personalizado en el líder o en el partido, con marcado carácter reduccionista. Como ha puntualizado Backes (Innerarity, 2020:12), «La uniformidad, la simplificación y los antagonismos toscos ejercen una gran seducción sobre aquellos que no

toleran la ambigüedad, la heterogeneidad y plurisignificación del mundo, que son incapaces de reconocer de manera constructiva la conflictividad social».

Aunque la sociedad como tal pareciera experimentar una vuelta hacia el sentimiento religioso, no es posible prever hasta ahora una reversión del proceso de secularización del Estado experimentado por Occidente. Habría que tener en cuenta, sin embargo, que la inclinación de los populismos, sobre todo los de derecha, es la de imponer al conjunto social una moral definitivamente conservadora y retrógrada, en línea con los preceptos confesionales. Una señal de alarma en este sentido, parece brindarla la anulación de la ley federal que otorgaba el derecho de aborto a las mujeres en los Estados Unidos por parte del Tribunal Supremo. Esta crucial decisión judicial se produjo gracias al nombramiento de jueces ultraconservadores en ese órgano por parte de Donald Trump. La misma se inscribe dentro de la estrategia del expresidente de reorientar el rumbo de la sociedad estadounidense por caminos cada vez más negadores de la pluralidad cultural y los valores de la libre elección personal que distinguen al país del norte. No es difícil advertir el sustrato religioso sobre el que se fundamentó tal decisión.

La instrumentalización de lo religioso seguirá persistiendo en estos tiempos en los que ya no es posible enteramente que la política ofrezca respuestas certeras a la sociedad; en un mundo en el que los partidos se han desdibujado en sus competencias y alcances, en uno en el cual la complejidad social se ha instalado de manera irreversible. En un mundo así, la religiosidad estará a la orden de quienes simplifican y abrevian la realidad ofreciendo un discurso en blanco y negro, como el que los populismos pronuncian desde el templo de las verdades irrefutables que concede la fe.

Referencias bibliográficas

Cara, Anna (2020). «Putin elogia a soldados rusos en discurso en Moscú», 18 de marzo. Disponible en www.latimes.com

DW (2020). «Putin: Mientras yo sea presidente no habrá matrimonio homosexual». Disponible en www.dw.com

El Mundo (2012). «Chávez a Cristo: no me lleves todavía», 7 de abril. Disponible en www.elmundo.es

Fariás Machado, Ilo (2021). «El reino de Dios y la ciudad a la luz de la secularización». Disponible en www.nucleodoconhecimento.com

García Rabadán, Jonatan (2019). «El uso de la religión como ariete del populismo en Europa». Disponible en www.elcuadernodigital.com

García Magariño, Sergio (2019). «Secularización, liberalismo y el problemático rol de la religión en las sociedades modernas» *Derecho y cambio social*, n° 56, abril junio. Disponible en www.dialnet.uniroja.es

Garzón Vallejo, Iván (2014). «Postsecularidad: ¿un nuevo paradigma de las ciencias sociales?» *Revista de Estudios Sociales* n° 50, sept.-dic. Disponible en www.scielo.org.co

Infobae (2022). «Polémica en Italia: el principal partido de la derecha utiliza el lema fascista *Dios, Patria y Familia*, 6 de agosto. Disponible en www.infobae.com

Innerarity, Daniel (2020). *Una teoría de la democracia compleja*. Edic. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Olvera, Alberto J. (2020). «Populismo y religión en Brasil y en México» Project: Sociedad civil y democracia en América Latina. Disponible en www.research.net

Oualalou, Lamia (2019). «Los evangélicos y el hermano Bolsonaro». *NUSO*, n° 280 marzo-abril. Disponible en www.nuso.org

Sonsoles Dieste, Eduardo y Tena Sanz (2021). «Derecha radical populista en Europa: El caso de VOX en España» Asociación Española de Ciencia Política y de Administración. XV Congreso. Disponible en www.aecpa.es

Rosanvallón, Pierre (2020). *El siglo del populismo*. Barcelona: Edic. Galaxia Gutenberg.

Rosero Cartagena, Shura Koniev (2019). *Representaciones y religiosidad en el populismo latinoamericano: los casos de Rafael Correa, Hugo Chávez y Evo Morales*. Memoria para optar al grado de doctor. Universidad Complutense, Madrid. Disponible en www.eprints.ucm.es

Libertad digital (2022). «La exaltada arenga de Georgia Meloni en el mitin de VOX: ¡Sí a nuestra civilización!», 13 de junio. Disponible en www.youtube.com

López Arias, Carmelo (2020). «Un estudio muestra que Trump es, con diferencia, el presidente con un lenguaje más religioso», 24 de octubre. Disponible en www.religionenlibertad.com

López Madrid, Celeste (2018). «Aún menos creyentes», 18 de abril. Disponible en www.lavanguardia.com

Saenz de Ugarte, Iñigo (2022). «Putin reclama la purificación de Rusia en su discurso más siniestro» www.eldiario.es 17-03

Seisdedos, Iker (2022). «Más trumpistas que el propio Trump: así continúa su cruzada el ala más extremista de los republicanos». 28 de julio. Disponible en www.elpais.com

Semana (2020). «Marcha por la vida: la estratégica apuesta de Trump contra el aborto». 24 de enero. Disponible en www.semana.com

Weber, Max (1992). *Economía y sociedad*. México: Edic. Fondo de Cultura Económica.

Witte, Claudia (2009) «Los suizos prohíben la construcción de alminares», 29 de noviembre. Disponible en www.dw.com

Zamora, Patricio (2019) «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Cultura política en la formación de Occidente». Catedra Iglesia, Estado y Sociedad. Seminario 2017. Pontificia Universidad Católica del Paraíso. Disponible en www.academia.edu

Zanatta, Loris (2008). «El populismo entre religión y política». *EIAL*, vol. 19 n° 2 .

Zanatta, Loris (2011). *Eva Perón. Una biografía política*. Buenos Aires: Edic. Suramericana.